

fiscal quiera vestirse el saco de su mala conciencia, no ha de hallar por donde vejarme; y ella misma, si lo contrario hiciere, le ha de fiscalizar, pues *la misma conciencia acusa*. Pusímonos en postura de atención Rodríguez y yo, y á mi sayo le dije viendo que iba á empezar á leer la glosa: *Bien venido seas mal si vienes solo*. Leyóla con efecto, y sin causa, pues nunca pudo tenerla para pretender por lo deducido en la poesía antecedente con esta subsiguiente, *de un gran yerro un gran acierto*, y luego que la hube oído, (con harto dolor de mi corazón) me volví á Rodríguez, y le dije: Grande lástima me hace Monforte.—*Eso tenemos ahora*, me respondió.—Si, señor, continué, por haber observado que en la primera décima de la glosa introduce *el hombre de bien* (ó el buen hombre) al pastor enamorado de su pastora en un verso que es este: *En sus amantes furoros*, y así que oí furoros me acordé de que

desde que dió en tirar piedras
y la chaveta perdió,
Monfort tiene vinculado
por mayorazgo el furor.

Vea Vm. si tengo razón de sentir que un hombre de tan gran juicio sea tan grandioso loco, que nos venga con sus furoros á persuadirnos que está buena su glosa, y la tome para remediar los defectos de las demás poesías. Cierto que el pobre *peor está que estaba*, y no ha hecho más que *enfermar con el remedio*. Pero veamos si en el tercer papel que dispara vemos al loco en la penitencia enmendado de sus culpas ó si va *de mal en peor*, como lo temo ciertamente.—*No siempre lo peor es cierto* me respondió *el amigo amante* y leal de Rodríguez, y si no oiga Vm. aquel romance que lee dando vejamen á Narciso por haberse enamorado de sí mismo, teniéndose por *la más hidalga hermosura*, y creyendo lograr de una vez en conseguirse los mayores *triumfos de amor y fortuna*, así que se vió en el cristal y se creyó *angel, milagro y mujer*, solo *niña y bonita*, y andando de noche perdería sin haber menester para enamorarse, más que verse; porque el mozuelo era de aquellos de *cuantas veo tantas quiero*; oigamos muy enhorabuena, dije, que en esta enfermedad de oídos *la paciencia en el remedio*; oí, ví y reí.—De qué? me preguntó *Don Diego de noche*. Respondíle: de observar este romance, pues al estrellar de los huevos, en la primera copla, dimos con ellos y con él en la ceniza, porque en ella dice así ó asado

Desbaratado mozuelo
que, muypreciado de lindo,
te vas engañado al agua
en menosprecio del vino.

Pues qué? no dice muy bien y con muy sazónada chanza? me preguntó Rodríguez.—No señor, no dice bien ni mal, le res-

pondí, sino lo que quiso y no lo que le mandaron en virtud de la primer copla y de *la fuerza de la ley*, en que no dejó como debía, *la ley ejecutada*, lo cual no solo debe escandalizar al reino del Perú sino que pudo ser también el *escándalo de Grecia*, siendo la primera vez que no he visto (por entrometer en ella el vino y el agua) á cada loco con su tema, pues el señor Monforte en el romance

mezclando el vino con agua
no cumple con el asunto;
pues la Academia le manda
que escriba un romance puro.

No oyó esta censura Monforte, ó quiso en ella dar á entender que hacía *el sordo y el montañés*, escusando prudentemente su enojo el tomar con nosotros *de un castigo dos venganzas*, sino que reflexionó, y asegurado de su merecimiento, sabiendo por el *mérito de la corona*, que él sólo se eleva á la más alta cumbre del Parnaso, donde ciñe sus sienes aún *del desdén con el desdén*, más repetido y esquivo, quiso pagarnos una *ingratitude con beneficio*, y *hacer fineza el desaire* de fiscalizarle, pasando á comunicarnos (con toda confianza) unas quintillas que escribió en la cuarta Academia, á la ballena que varó en los Chorrillos y que atrajo á la playa todas *las Amazonas hermosas* de Lima. Leyólas, y á la verdad, entre las perfecciones de cada una de ellas no se puede decidir de ninguna *cual es mayor perfección*; porque aún más que monstruosa y prodigiosa ballena es cualquiera de las suyas en lo perfecto *el mayor monstruo del mundo*, como el pretender imitarlas *el mayor imposible*. Sin embargo Diego Rodríguez, que pretende ser el letrado del cielo, y que no cegara en oponerse á las estrellas, me dijo: No se deje Vm. llevar ahora, casi al cabo ya de su comisión, de la pasión que tiene para con ese caballero, porque dirán que le tiene á Vm. cohechado con *el escudo de Perseo*, que le puso á Vm. más lucido que *el rayo de Andalucía* y en obligación de *amar después de la muerte* á su persona, aplicación y celo, que pusieron aquel teatro hecho *la gloria de Niquea*, y repare que la quinta quintilla la acabó con un *tras* y empieza la sexta con otro, y esto es culpable; que yo aunque *el maestro de fianzar*, lo soy de la destreza, y los trastos no son arneses que se pueden ni deben llevar juntos ni hermanados como *Castor y Polux*, ni tan unidos como *las dos estrellas de Francia*, y así no hay que alabarle tanto.—Ni tan poco (le repliqué) que yo, aunque verdaderamente,

uno *tras* otro, principio
de quintilla y de otra fin,
pusieron á la alabanza
de que le falta, en un tris.

Monforte no recelando que podía *ofender con las finezas*, y conociendo que él solamente debía ser *el defensor de su agravio*, y que cualquiera que quisiese buscar *industrias contra finezas* y aciertos de su elevado numen, al atormentar á sus poesías en el potro de la censura había de ser *el más impropio verdugo*, cuando él escribe en lo amoroso, en lo heróico y conceptuoso, *galán valiente y discreto*, sin cometer delito ninguno contra las leyes de la más austera y rígida poesía, para que viésemos como si acaso teníamos dudas, obligándonos á ser cada uno de nosotros *el convidado de piedra*, á que oyésemos de la postrer Academia quinta las seguidillas que compuso en metáfora de piedras preciosas aplicadas á *las perfecciones de una dama*. Leyólas con grande energía, donaire y gracia, y luego mi *Perico Urdemalas*, Diego Rodríguez, me dijo: no repara Vm. que sobre el ruido que han metido los ecos de las voces de estas seguidillas, entre las bóvedas de este templo, *más es el ruido que las nueces?*—Ande, hombre, le respondí, y no me venga ahora á marear, con las frioleras de las *verdades de Pero Grullo*, que eso mismo lo conocía desde cien leguas *Perico el de los palotes*.—Y dígame Vm., y perdone, continuó porfiando, ¿no ha observado Vm. que entre tantas piedras como ha traído en tantas seguidillas, no se ha acordado de la piedra imán, tan propia de los atractivos de una persona de perfecta belleza y de un piloto de tanta altura como el señor don Jerónimo de Monforte? de qué pudo provenir en este caso *de una causa dos efectos*, ó defectos, por mejor decir, como éstos? Respondíle, yo se lo diré á Vm. en esta copla; atiéndame:

La piedra imán atractiva
no trajo, y fué porque, cuerdo,
quiso que en sus seguidillas
no observásemos sus yerros.

Algo percibió de estas circunstancias el dicho Monforte, y viendo que nos íbamos paso entre paso, me dijo:—Vaya Vm. con Dios, señor fiscal, que *arrieros somos* y nos encontraremos.

CALIOPE Y DON JUAN MANUEL DE ROJAS

Fuimos con efecto, y en el nicho subsiguiente se dejó observar de nuestra sospechosa atención la heróica musa Caliope, que estaba sentada en una silla de oro entallado, con un libro bajo de su mano derecha con cubiertas de terciopelo fino tachonado de diamantes, rubíes y esmeraldas; y en la izquierda (que descansaba sobre una baranda de balaustrada de ágata) tenía aprisionado un laurel de cuyas hojas coronaba para la memoria sus inmortales sienes. Dejábase ver, en un proporcionado lejos, el ce-

lebrado y fecundo monte Parnaso, matizado de fragantes flores y de sazonados frutos, y en lo más alto de su elevada cumbre al ligero, alado, veloz caballo Pegaso que, con un solo pie con que la hollaba, estaba produciendo, benéfico y fecundo, la más cristalina, fresca y pura fuente de Helicon. En otro más cercano se divisaba un hombre que, estudioso, tenía puestos los ojos en un libro abierto, en cuyas hojas de plata se leían con caracteres de azul y oro, en alabanza y tributo de la deidad de Caliope, á quien se dedicaban, estas dos redondillas:

Superior numen inflama
siempre á mi heroica canción;
y así mis números son
las fatigas de la Fama;
porque en su clarín reciba
la virtud más rendimientos,
y en mis métricos acentos
corona de siempre-viva.

No faltaba tampoco á la concurrencia de una canora trompa lo delicioso de otros instrumentos músicos, de cuya sonora y militar armonía se dejaba percibir la armoniosa consonancia que hacen, para la gloriosa posteridad, los hechos y los dichos de las valerosas armas y de las prudentes letras. Quién será aquel hombre, pregunté á Rodríguez, que después de haber estado sentado todo el tiempo que admiramos este trono de perfecciones, se ha puesto ahora de pie y está tirando una y otra tarasconada, con su cara, á aquel espejo en que se mira y admira á un mismo tiempo?—Respondíome Rodríguez: yo también he observado ese mismo movimiento, y por él juzgo que habiendo de estar todos los poetas de la Academia aquí,

será algun poeta de leva
cuando en pie no le conozco;
mas como ahora se levanta
sin duda será bisoño.

—Engañóse Vm. señor mío, le respondí; que aquel mirarse y volverse á mirar una y otra, y trescientas veces, más en el espejo con tanto cuidado y atención, me hace creer que

no es sino poeta ducho
de sus mismas perfecciones,
que en el papel del espejo
hermosamente compone.

—No, señor mío, me replicó Rodríguez. Este caballero no tiene trazas de poeta.—Pues qué! le dije yo, por no tener traza no lo ha de ser? Virtudes mienten señales, y si le falta la traza

será eso muy bueno para que no escriba comedias; pero para un romance, octavas, sonetos, quintillas y otros metros, ¿qué le hace ni deshace la traza?—Téngala ó no la tenga, dígole á Vm., insistió Rodríguez, que no lo tengo por tal; y sinó, repare Vm. en aquel salto de tacones que trae en los zapatos, y en aquel rico y delicado encaje del pañuelo que, al descuido y con cuidado, muestra y deja ver por entre el bolsillo del justacorp, por cuya razón

antes que poeta presumo
que es algun galán danzante,
pues sus pasos y floeos
hace con salto y encaje.

—No duda Vm. mal, le respondí; pero yo no me apeo todavía de mi opinión estándome en mis trece, y me persuado á que no solo es poeta como quiera en docena, ni de ciento en carga, sino que si lo es, como lo creo, y lo aseguro, lo ha de ser bueno—¿En qué lo funda Vm.? me respondió Rodríguez.—Fúndolo, le dije yo, en aquella venera de hábito que trae á los pechos, con la cual bizarrea, juega y luce, trayéndola entre los dedos

que, porque la quiere tanto
y la ama más que algun otro,
siempre la trae entre los dedos
mientras que no puede entre ojos.

—Eso es muy bueno para creerle gran caballero, replicó Rodríguez; pero para ser gran poeta, quién tal pensara?—Yo lo pienso y no lo dudo, continué diciendo, como ni tampoco el que haga en fuerza de esta seña versos con muy buen concierto, y así

viéndole con la venera
de un hábito, rica y noble,
dije al instante, este poeta
sin duda escribe con orden.

—Déjeme Vm. llegar más cerca para desengañarme de una vez, me dijo Rodríguez.—Lléguese Vm. muy en hora buena, le respondí; desengáñese, y yo le acompañaré también. Llegámonos los dos, y á poca diligencia conocimos que era el señor don Juan de Rojas el que á Rodríguez le había causado tanta duda, y á mí me había dado tanta certidumbre infalible de quien era. No quisimos estorbar la tarea que había emprendido Rodríguez, de atento y no de malicioso, siendo la de hacer relación á la estatua de la musa de Caliope de los versos que había hecho como los demás en las cinco Academias pasadas, para que dicha estatua, oyéndolos y aprobándolos, los dejase inmunes de todo crimen y poética censura.

Y á nadie cause extrañeza
que se los oyese grata,
porque si oyen las paredes
¿porqué no oirán las estatuas?

Con este motivo pudimos oír nosotros también la primer poesía que consistía en el soneto que, con pies forzados, escribió en cumplimiento del asunto y en alabanza de la Música; y luego que lo hubo leído, hice reflexión á la alabanza que yo me había figurado antes de este poeta, viendo que en los dos primeros versos del cuarteto primero dice así:

Del músico armonioso caramillo
hemos visto revuelta la sentina.

Con cuyo examen encontré que este pretendido (y no conseguido) poeta tiene para la cadencia de los versos muy mal oído, pues las ruidosas, destempladas voces de un caramillo le son apacibles y no le hacen disonancia, sino antes bien, armonía, como también que diga, (trocando los sentidos) que han visto revuelta la sentina, siendo así que la sentina no se vé sino que se huele, y no son los sentidos frenos, que éstos los truecan con facilidad los poetas, pero con aquellos no puede practicar sin tan grande deformidad como implicancia; y así

los frenos trueque, mas no
los sentidos, pues se sigue
que, si huele con los ojos,
mirará con las narices.

Y como siempre se sigue de un error muchos, acontece también en su soneto (entre los demás) el de la improporción que en un instante, como en una distancia de dos pies, se sube arriba, á lo alto de un caramillo, y luego descende abajo, al profundo de una sentina; de que resultó que yo dijese á Rodríguez (para restituir la fama que había robado alabando tanto á este sujeto, después de haber visto trastrocados todos los versos del soneto, y todo él lleno de horrores (que no individualizo por no ser largo) compadecido de él y demí, viéndole andar tan fatigado ya hacia arriba, ya hacia abajo, con tanta variedad y fatiga:

con desorden y trabajo
siento que Rojas escriba,
y sin ser poeta marrajo
trueque lo de abajo arriba,
y yerre de arriba abajo.

—¿Ve Vm. señor fiscal, me respondió Rodríguez, como no es oro todo lo que luce, y que los versos de este caballero no son